

- TIM. Con todo: tú, como copropietario...
- LUISITO. (Encaramándose por los hierros del balcón, y aparte á Lolita que se encuentra cerca de él.) ¡Lolita!
- LOLITA. (Aparte.) ¡Luisito!... ¡Qué atrevido; trepando por los hierros!
- CARMEN. (A Juan.) No está de más que te hagas presente.
- JUAN. Bueno; pero voy á adecentarme un poco. (Vase.)
- LUISITO. (A Lolita.) Todos los días, á la misma hora, por aquí.
- LOLITA. (Aparte á Luisito.) ¡Chist, cálese usted!
- TIM. ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿A quién dices chist?
- LOLITA. (Retirándose del balcón.) Es que le hago fiestas al gatito de la portería.
- CARMEN. Déjate de gatos, y dí que no detengan á esos señores.
- LOLITA. (Aparte.) ¡Cómo se ha escondido debajo del balcón! ¡Qué listo es! (Vase.)

#### ESCENA IV

CARMEN, TIMOTEO, MARÍA y RAFAEL

- TIM. (Asomándose al balcón.) Pues no veo al minino. ¡Milagro será...!
- CARMEN. ¿También la niña? ¡Qué exageraciones!
- TIMOTEO. Por si acaso, desde mañana á comer alubias en la pensión.
- RAFAEL. Van ustedes á tacharnos de importunos...
- CARMEN. Nada de eso.
- MARIA. Por lo menos de impacientes.
- TIM. Es muy natural. (Se sientan.)
- RAFAEL. Tenemos que regresar hoy mismo á Pau, y desearíamos dejar ultimado el asunto.
- CARMEN. ¿Habitan ustedes allí desde hace mucho tiempo?
- MARIA. No; nuestra residencia es París; pero aquel clima no me prueba.
- RAFAEL. Hemos hecho una excursión á Pau, y nos ha gustado tanto...
- MARIA. Es precioso, ¿verdad?

CARMEN. Nosotros no lo conocemos.

RAF. } ¡Ah!

MARIA. }

TIM. Esa quinta es una herencia inesperada que han tenido recientemente mi mujer y su hermano.

RAFAEL. ¿De modo que...?

CARMEN. Nos será muy grato poder complacer á ustedes.

MARIA. Gracias.

TIM. Tengo facultades de mi cuñado para negociar en su nombre.

CARMEN. Sin perjuicio de consultar con él, porque ahora mismo tendrá el gusto de presentarse á ustedes.

RAFAEL. Pues usted dirá sus condiciones. Las mías son: pago al contado en Madrid en casa de mi Corresponsal mister Forbes.

CARMEN. ¿El inglés?

RAFAEL. ¿Le tratan ustedes?

TIM. No; pero á Jorge, á su hijastro, lo conocemos mucho.

CARMEN. De vista. Suele entrar alguna que otra vez en el portal de ahí enfrente.

TIM. Es muy listo. Es un mozo que sabe bien dónde le aprieta el zapato.

RAFAEL. Pues cuando á usted le plazca...

TIM. Si le parece á usted, podemos dar antes un vistazo á los planos y á los títulos.

RAFAEL. No tengo inconveniente.

TIM. (A las señoras.) ¿Gustan ustedes venir?

MARIA. Eso es cosa de Rafael. Prefiero quedarme... digo, si no molesto á esta señora.

CARMEN. Al contrario: á mí las cuentas me horripilan.

RAFAEL. Tienen ustedes una casa preciosa.

CARMEN. Muy aireada, mucha luz.

TIM. Hoy está haciendo un día excepcional.

RAFAEL. De primavera.

MARIA. Venimos de dar un paseo... ¡Pero qué bonito es Madrid!...

CARMEN. ¿Usted no lo conocía?

- MARIA. Lo visito por primera vez.  
RAFAEL. Es tan animado, tan bullicioso... Aquí el sol se rie.  
MARIA. Y esta casa está admirablemente situada.  
TIM. Tiene vistas preciosas.  
CARMEN. Vengan ustedes al balcón... Miren ustedes por todos lados. (Se asoman María y Rafael al balcón del primer término: los otros se quedan detrás.)  
MARIA. ¡Qué bonito!  
RAFAEL. ¡La Cibeles!  
TIM. ¡El Prado!  
CARMEN. ¡La calle de Alcalá! .. (Aparece Juan, de levita, y se para á mitad de escena.)

## ESCENA V

### DICHOS y JUAN

- JUAN. (Per María.) ¡El dorso es bueno! Si la fachada corresponde... (Avanza hacia ellos.)  
CARMEN. ¡Y si viera usted qué movimiento el día de toros!...  
TIM. Esto es un coche parado. ¡Ah! Aquí tienen ustedes al general.  
CARMEN. (Reparando en Juan y presentándolo á Rafael.) Mi hermano.  
TIM. (Haciendo la presentación de Rafael.) El caballero de quien te he hablado antes.  
CARMEN. Su esposa. (Presentando á María. María y Juan, al reconocerse, experimentan una dolorosa impresión que los artistas cuidarán de no traducir por ningún movimiento nervioso, sino sencillamente por una alteración profunda de la fisonomía. Los dos cambian una inclinación de cabeza, y ella vuelve á salir al balcón para reponerse, sin testigos, de aquella terrible lucha de breves segundos.)  
TIM. ¡Es lástima que no habiten ustedes Madrid!  
RAFAEL. Desgraciadamente, el clima es muy duro para María.  
JUAN. (Aparte á Carmen.) Lleváos de aquí á ese hombre; dejadme solo con ella, y... ni una palabra.  
CARMEN. ¿Pero qué ocurre?

JUAN. Nada. Que es mi mujer.

CARMEN. ¿María? ¡Qué horrible! (Se va á hablar con Timoteo.)

RAFAEL. (A Juan.) ¿Puedo esperar que acoja usted benévola-  
mente mi pretensión?

TIM. (Aparte al enterarse.) ¡Qué atrocidad!

JUAN. Mi cuñado tiene facultades para todo: yo no entiendo  
esas cosas. (Vuelve á hablar aparte con su hermana.)

TIM. (A Rafael.) ¿Le parece á usted que pasemos á mi des-  
pacho?

RAFAEL. Vamos.

TIM. Por aquí... ¡Ay, no! es el balcón. Dispense usted soy  
un aturdido. Por este otro lado. Adelante, adelante.

CARMEN. (Aparte.) ¡Pobre Juan! (Vanse Carmen, Timoteo y Rafael.)

## ESCENA VI

MARÍA y JUAN

JUAN. Puedes entrar: estamos solos.

MARIA. Yo ignoraba este viaje; te hacía aún en Cuba...

JUAN. Un negocio urgente... Acabamos de llegar.

MARIA. ¿Ella está aquí también?

JUAN. Sí.

MARIA. ¡Hija mía!

JUAN. Que no te oiga.

MARIA. Pero... ¿Saben en esta casa quién soy yo?

JUAN. No he podido evitar que mis hermanos se enteren.

MARIA. ¡Qué vergüenza! (Llorando. Pausa.)

JUAN. Tranquilízate. Estás justificada á sus ojos.

MARIA. ¿Qué?

JUAN. Les he dicho que la culpa la tengo yo.

MARIA. Gracias. Es el primer beneficio tuyo que recibo.

JUAN. Desgraciadamente no me has dejado ocasión de dis-  
pensarte otros.

MARIA. Juan, no nos ocupemos del pasado.

JUAN. Dices bien; los muertos no vuelven. Hablemos de lo  
que importa. Este encuentro...

- MARIA. Una fatal coincidencia...
- JUAN. No; si no me importa. Yo respeto la causa, pero quiero conjurar el peligro.
- MARIA. ¿El peligro?
- JUAN. Es preciso evitar que se agrave la situación. Por consiguiente, entra ahí, pretexta lo primero que se te ocurra, y... vete en seguida de esta casa, donde no puedes permanecer ni un momento más.
- MARIA. ¿Que me marche? ¿Pero tú no tienes entrañas?...
- JUAN. Lo mismo te podría yo preguntar; y, sin embargo, me limito á hacerte una observación, que debes acoger sin necesidad de que yo te la explique.
- MARIA. No entiendo.
- JUAN. Pues es muy sencillo. Que la prudencia te aconseja no volverme á poner delante de ese hombre á quien, por desgracia, no puedo matar.
- MARIA. ¡Ah!
- JUAN. Hazlo así, y responde *cuál* de los dos es el que no tiene entrañas.
- MARIA. Pero Enriqueta...
- JUAN. Figúrate que está aún en Cuba.
- MARIA. Eso es muy fácil de decir.
- JUAN. Hay sacrificios que las circunstancias imponen.
- MARIA. Sabiendo que está á mi lado...
- JUAN. Muy duro, pero qué quieres...
- MARIA. Después de veinte años de no poder decir á lo que saben sus besos... ¿irme sin verla? ¡Eso es monstruoso!...
- JUAN. Pero necesario.
- MARIA. Mira, Juan. Yo comprendo que no hagas nada por mí, que debo serte más que indiferente, odiosa; pero por ella que ninguna culpa tiene de nuestros extravíos. Soy su madre; lo más santo que uno tiene en el mundo, lo que se sobrepone á todas las miserias y pequeñeces de la vida. No seas fiera para tu hija, como lo has sido para mí.
- JUAN. ¿Ya me has llenado de dictérios? ¿Ya te has desaho-

gado? ¿Ya estás persuadida de que toda la razón es tuya? Pues bien; vamos á hacer venir á Henny.

MARIA. ¡Oh! Gracias.

JUAN. La llamaremos y le dirás: Yo soy tu madre: eso de que está amasada el alma y cuyo fermento es el amor.

MARIA. Sí.

JUAN. Yo soy ese ideal de pureza que brota en la cuna del niño, y sólo se desvanece en la tumba del anciano.

MARIA. Es verdad.

JUAN. Yo soy esta lluvia de besos que no proceden de ningún egoísmo, y han sido engendrados por todas las virtudes...

MARIA. Eso es.

JUAN. Yo soy eso y más aún... Pero este hombre que me acompaña, no es mi marido...

MARIA. ¡Oh!

JUAN. ¡No es tu padre!

MARIA. ¡Calla!

JUAN. ¿Quieres darte á conocer á ella de ese modo?

MARIA. ¡Nunca!

JUAN. ¿Te resignas á que tu hija se avergüence de tí?

MARIA. ¡No!... ¡Qué horror!

JUAN. Pues ya ves, María, que no soy un monstruo que te niega un derecho, sino un amigo desgraciado y generoso que te tiende una mano para que no te hundas...

MARIA. Yo me callaré. No le diré quien soy; pero al menos que la vea, que la siga, que sepa cómo es ese pedazo de mis entrañas.

JUAN. Te reconocerá al momento; no se separa de tu retrato.

MARIA. La haremos creer que está en un error.

JUAN. Eso es una puerilidad.

MARIA. Yo seré muy fuerte.

JUAN. Te harás traición.

MARIA. Te lo suplico por lo que más ames en el mundo.

JUAN. Me estás atormentando.

MARIA. Verás cómo me domino.

JUAN. Ilusiones.

MARIA. Un instante... en seguida me voy.

HENNY. (Dentro.) No sé por dónde anda.

LOS DOS. ¡Ah!

MARIA. ¿Ella?

JUAN. Sí.

MARIA. ¡Hija mía! (Escapándosele un grito.)

JUAN. ¡Si es imposible! (Tapándole la boca.)

MARIA. Ya... ya pasó... Me callaré... Me estaré muy quieta... Soy fuerte... muy fuerte... (Los pies se le van tras de su hija, pero se contiene mal su grado. Pugna por no llorar y gesticula, queriendo aparecer serena. En esta lucha acaba por perder el sentido y caer sobre una silla.)

JUAN. (Acudiéndola.) ¡Dios de Dios!

## ESCENA VII

### DICHOS y HENNY

HENNY. Por fin... ¡Ah! ¿No estás solo?

JUAN. No.

HENNY. ¿Qué tiene esta señora?

JUAN. Nada; un vahído.

HENNY. (Recibiendo al reconocerla una brusca sacudida, pero sin llorar, y encarándose con su padre.) ¡Esta mujer es mi madre!

JUAN. No...

HENNY. ¡Bah!

JUAN. Pues bien, sí; pero... (Conteniéndola al ver que se va á arrojar sobre ella.)

HENNY. Acaba.

JUAN. No viene sola.

HENNY. ¿Y qué?

JUAN. Que la vas á matar de vergüenza si te descubres.

HENNY. (Comprendiéndolo.) ¡Ah! (Dudando.) ¿Tú crees...?

JUAN. Estoy seguro. Ya vuelve en sí.

HENNY. ¡Qué estrecha es la vida, tomada de este modo!

JUAN. ¿Se encuentra usted mejor?

- MARIA. (Extrañando su lenguaje.) ¿Qué? (Reparando en su hija y comprendiendo.) ¡Ah! (Tratando inútilmente de dominarse.) Sí. Suplico á ustedes que me dispensen. A pesar mío...
- HENNY. Tal vez un poco de aire .. allá fuera... (Profundizándola y sobreponiéndose enérgicamente á su emoción.)
- MARIA. (Aparte.) ¡Su VOZ! (Alto, después de cruzar una mirada con Juan.) No... Gracias. (Aparte.) ¡Qué hermosa! (Alto.) Ya pasó... (Aparte.) ¡Tenerla ahí y no poder arrojarla sobre ella!...
- JUAN. Sin duda la fatiga...
- MARIA. Eso... Sí... La fatiga... Nada... No es nada... (Luchando por reprimir sus lágrimas y acabando por prorrumpir en sollozos.)
- HENNY. (Aparte á Juan, por encima de su madre que está sentada.) Así es como se muere.
- JUAN. Pero...
- HENNY. ¡Eh! (Decidiéndose á romper por todo.)
- JUAN. ¿Qué?
- HENNY. Lo derecho es esto. (Se sienta sobre las rodillas de su madre, y echándole los brazos al cuello, la besa con frenesí. Maria, embargada por el gozo, da rienda suelta á su llanto con explosión, con abandono; pero sin poder proferir una palabra, ahogada su voz por las caricias de Henny.)
- MARIA. ¡Alma mía!
- JUAN. (Aparte.) ¡Qué suplicio!
- HENNY. ¡Ea! Ahora se acabó. Ya no se llora más. (Enjugándole las lágrimas.)
- MARIA. ¿Tú, no me maldices?
- HENNY. ¿Qué?... ¡Vamos! Díme: ¿Has hecho buen viaje? ¿Te estarás mucho tiempo entre nosotros?
- MARIA. ¿Sí que me perdonas?
- HENNY. ¡Por Dios, madre mía! Si no por mí, por papá; le estás afligiendo.
- MARIA. Tienes razón, y no es justo, porque es el más digno de lástima.
- LOS DOS. ¿Qué?
- MARIA. Yo, al menos, no te acaricio de ningún modo, y soy

resueltamente desgraciada: pero él toca la dicha y no la saborea, porque ve que de cada beso que te pide, tú no... puedes darle más que la mitad.

JUAN. ¡Oh!

MARIA. ¡Quiérello más, infinitamente más que á mí, porque se ha ganado doble parte en tu afecto: la que como padre le corresponde por el apoyo que te presta, y la que le debes por haber llenado contigo la misión de ternura de que Dios ha privado á tu pobre madre!

JUAN. María, te lo suplico; acabemos con esta situación.

LAS DOS. ¿Qué?

JUAN. Vete ya.

HENNY. ¿Que se vaya?

MARIA. Un poco más. Deja que la aspire, que la toque, que me diga: Es ella: todo esto es mío... (Acariciándola con locura.)

HENNY. ¡Pobrecita! Está hambrienta de mí. ¡Sáciate, madre, sáciate! (Besándola.)

JUAN. Pero...

HENNY. Ven acá, no estés celoso; ya sabes que tengo cariño para los dos. (Le da un beso.)

JUAN. No es eso; sino que hay consideraciones que guardar...

HENNY. ¿Al mundo? ¡Todo para él, nada para la familia!

LOS DOS. ¿Cómo?

HENNY. No nos entristezcamos ahora que nuestra situación va á cambiar favorablemente.

MARIA. ¿Sí?

HENNY. ¿No sabes? ¡Me caso!

MARIA. ¡Ángel mío!

HENNY. Y una vez libre, dueña de un hogar donde se viva de frente, sin rodeos, del que estén excluidas las preocupaciones, te veré á cada momento, compartiré contigo y con mi padre el cariño que os debo á los dos, y recobrando mis derechos de hija, dejaré de ser huérfana.

MARIA. Y yo mártir. Cuéntamelo todo. ¿Cómo es él?

HENNY. No lo sé; yo no le he visto más que en el alma. Es un

hombre parco en la alegría, como cosa fugaz; que llora en el infortunio como yo, por dentro: y con quien me he encontrado en la vida, porque ambos la recorreremos por el camino más corto, la línea recta. Le quiero... porque dos por dos son cuatro, y el sentimiento tiene también su aritmética; y espero ser feliz porque no me preocupo de si le sienta bien el uniforme; sólo me fijo en que lo honra. (Voz de Salvador dentro.) Él viene. Tú me dirás si lo merezco. (Yendo á su encuentro.)

MARIA. ¿Está aquí?

JUAN. Sí.

MARIA. Entonces... ya pronto...

HENNY. Muy pronto.

MARIA. Dios me oye. (Aparece Salvador sin reparar en María.)

## ESCENA VIII

### DICHOS y SALVADOR

SALV. Me dejan ustedes solo.

HENNY. ¿No sabe usted? La he encontrado.

SALV. ¿A quién?

HENNY. A mi madre. Mírela usted. Empiece usted á quererla.

MARIA. (Aterrada al verle.) ¡Él!

SALV. (Confundido.) ¿Usted, señora?

HENNY. ¿Cómo?

JUAN. ¿Qué?

MARIA. La dicha no es para mí.

HENNY. Pero... ¿qué es esto? (Se oyen voces dentro, y Juan sobresaltado, impone silencio á todos.)

## ESCENA IX

### DICHOS; CARMEN, RAFAEL y TIMOTEO

CARMEN. (Dentro.) Yo les prevendré.

RAFAEL. (Idem.) Iremos todos.



JUAN. ¡Ah! Ni una palabra, ni un gesto, delante de ese hombre. Que no descubra...

MARIA. (Dominándose.) Sí.

SALV. Comprendo.

RAFAEL. (Apareciendo con los demás.) Nos hemos hecho esperar... ¡Salvador! (Reconociéndole y abriéndole los brazos.)

SALV. ¿Usted aquí? (Abrazándole confuso.)

TIM. ¿Cómo? ¿Usted conoce al prometido de mi sobrina?

RAFAEL. ¿Si le conozco? Pues si es mi hijo... (Ni un grito, ni un gesto en los personajes. Es el rayo que mata dejando á sus víctimas en la actitud en que las sorprende.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

---

# ACTO TERCERO

---

La misma decoración del acto anterior.

## ESCENA PRIMERA

HENNY, MARÍA, CARMEN, JUAN, RAFAEL, SALVADOR  
y TIMOTEO, formando el mismo cuadro que á la terminación del acto  
segundo.

RAFAEL. (A Salvador.) No te encontré en tu casa, y me proponía volver...

SALV. Siento que no me haya usted prevenido...

JUAN. (Aparte.) ¡Qué castigo tan grande...!

TIM. ¿Conque... Salvador es hijo de usted?

CARMEN. (Aparte á María.) ¡Calma!

MARIA. (Aparte á Carmen.) ¡La tengo! ¡Que Dios no le dé á sufrir á nadie todo lo que puede resistir!

HENNY. (Aparte.) ¡Ahora sí que necesito valor!

RAFAEL. Vean ustedes lo que son las coincidencias. Se lee esto en un libro, y no se cree.

TIM. Es verdad.

RAFAEL. Me trae á Madrid un negocio; llevo á esta casa, muy ajeno de encontrar en ella á mi hijo, y resulta que voy á emparentar con estos amables señores, que me han

dispensada una acogida tan benévola. (Aparte. Tras una pausa, notando el silencio que guardan todos.) ¡Qué frialdad...!

CARMEN. Sí...

TIM. Es decir...

RAFAEL. (Yendo á Henny con los brazos tendidos.) ¿Me permitirá usted que empiece á considerarla como mi hija?

HENNY. (Cogiendo á su padre y poniéndolo entre Rafael y ella.) ¡Oh! Por ahora... aún no tengo más padre que este.

RAFAEL. (Aparte.) Algo pasa aquí. (Alto.) Con todo, deduzco de lo que acaba de decir este caballero, que es cosa resuelta entre ustedes, y deseo no diferir la dicha de mi hijo con la formalidad de mi ratificación. ¿Quiere usted, general, que firmemos el pacto? (Yendo á tenderle la mano. Salvador se interpone y le abraza para evitar un desaire por parte de Juan.)

SALV. Mi buen padre... ya hablaremos de eso después.

RAFAEL. (Aparte, creyendo adivinar la causa de la tirantez.) ¡Ah, comprendo! Mi situación, con respecto á María, que deben conocer por Salvador. . (Alto.) En efecto; luégo daré á ustedes explicaciones que destruyan cierta prevención...

TIM. ¡Oh, no!

RAFAEL. Muy justificada, hasta cierto punto.

TIM. ¿Puede usted creer...?

RAFAEL. Yo me encargo...

JUAN. (Aparte.) ¡Qué martirio!

## ESCENA II

### DICHOS y LOLITA

LOLITA. ¡Mamá, mamá, qué susto tengo!

TODOS. ¿Qué?

TIM. (Aparte.) ¡Feliz interrupción!

CARMEN. ¡No nos alarmes, criatura! ¿Qué ocurre? ¡Habla!

LOLITA. Mi hermana... que, por más que la llamo, no responde.

CARMEN. ¡Jesús! Dispensen ustedes: contratiempos de los hijos.

TIM. ¿Pero está en su cuarto?

LOLITA. Sí: encerrada con llave.

CARMEN. ¡Alguna desgracia!

TIM. Por el balcón podremos... (Yendo al del segundo término.)

CARMEN. Tal vez tenga abiertas las vidrieras...

SALV. Yo mismo... (Acudiendo.)

TIM. (Haciendo retroceder á todos, después de mirar con precaución.) ¡Chist!

TODOS. ¿Eh?

TIM. No, no apurarse; está hablando.

CARMEN. ¿Con Jorge?

TIM. No: con el capitán de húsares, con el amigo de Salvador.

SALV. ¡Con Ugarte!

TIM. Contrastes de la vida.

JUAN. Y lección práctica.

HENNY. (A su madre, buscando un pretexto para llevársela.) Venga usted, y conocerá á Julia.

MARIA. No... Es ya tarde.

CARMEN. Es verdad... (Aparte.) Hay que sacarla de aquí.

MARIA. Tenemos que irnos... el carruaje espera.

HENNY. No... aún no ha llegado.

CARMEN. Ya avisarán.

LOLITA. Yo me quedaré en el balcón para prevenir. (Aparte.) Así veré á Luisito. (Se asoma á él, y entorna las vidrieras, quedando oculta al público.)

MARIA. Pero... (Suplicando á Rafael con la mirada que insista.)

RAFAEL. Accede. Necesito hablar unos instantes con estos señores.

TIM. (Aparte.) ¡Bueno va!

JUAN. ¡Qué infierno! (Aparte.)

CARMEN. Vamos.

RAFAEL. Aguarda, Salvador.

MARIA. (Aparte á Henny.) ¡Qué desgraciada te hago, hija mía!

HENNY. (Aparte á María.) ¡Bah, ya veremos! (Vanse los tres.)

### ESCENA III

JUAN, RAFAEL, SALVADOR y TIMOTEO

RAFAEL. La presencia de mi hijo aquí, me explica la reserva que ha sucedido á la expansión de hace poco.

SALV. Pero... (Tratando de aclarar la situación.)

TIM. Reserva, no.

JUAN. (Aparte á Salvador, conteniéndolo.) Ni una palabra: todo es preferible á la revelación.

RAFAEL. La confianza es disculpable, y hasta natural, dada su significación en esta familia.

SALV. Aseguro á usted...

RAFAEL. Estamos entre hombres, y no hay para qué disimular nuestros sentimientos. Mi situación irregular ha producido este cambio.

TIM. Se exagera usted la...

RAFAEL. Ustedes han sabido que María no es mi mujer, y están mortificados muy justamente; pero van ustedes á permitirme que vindique á esa señora.

TIM. No hay para qué.

JUAN. Es inútil.

RAFAEL. Por ustedes y por mi hijo, á quien hablo de ello por la primera vez. No quiero que presuman ustedes que han recibido en su casa á una advenediza cualquiera.

TIM. ¡Por Dios!

RAFAEL. Lo suplico: María es uno de esos seres organizados para ser felices, y más aún, para labrar la dicha de los suyos; pero la tocó en suerte un marido...

JUAN. (Conteniendo á Salvador, que quiere hablar.) ¡Silencio!

RAFAEL. (A Juan.) Usted debe conocerle: el general Torroja.

JUAN. Sí... le conozco.

RAFAEL. Pues... ya sabe usted, un perdido. (Mientras Rafael se baja á recoger un guante que se le ha caído, Juan va á arrojarse sobre él, pero los otros le contienen; y él, repuesto, les da la seguridad de permanecer tranquilo, rogándoles al mismo tiempo que se callen.)

JUAN. ¡Hombre... un perdido, no! Es un militar pundonoroso, bien reputado, amante de su hija...

RAFAEL. Ahora, tal vez, porque ya está en la edad de la razón; y el diablo, harto de carne... Pero si usted lo ha tratado, tendrá que convenir en que su juventud...

JUAN. Sí: su juventud ha dejado algo que desear. ¡Se casó tan joven...!

RAFAEL. Eso le disculpa, pero no le absuelve. Tropezó con esa desventurada víctima, que le amaba entrañablemente. Hoy mismo, cuando se le recuerdan sus felonías, todos los cargos que le hace se reducen á decir:—¡Pobre; era un niño, y ahora debe ser tan desgraciado...!

TIM. ¿Sí?

JUAN. (Aparte.) Y acierta.

RAFAEL. Todo lo soportó esa mártir con una resignación angelical. Desvíos, insultos, privaciones por el juego, queridas que le metió en su propia casa...

LOS OTROS ¡Oh!

JUAN. (Conteniendo á Salvador.) Déjelo usted .. lo merezco.

RAFAEL. Y para coronar la obra, un día, pretextando llevarse-la á paseo, coge á la niña, se embarca con ella en el vapor y se viene á Europa, dejando en Filipinas á aquella mujer, sin más amparo que el de Dios y el de las buenas almas.

JUAN. ¿Entre las que figuraba usted?

RAFAEL. Yo; sí, señor: yo, que buscando en los viajes un lenitivo á mi reciente viudez, llegué por entonces á Manila. Y, á pesar de sus méritos personales y del irresistible atractivo que tiene la desgracia, le aconsejé á María que, antes de librarse á una acción judicial, le escribiese á su marido, haciendo un llamamiento á sus deberes y brindándole con un olvido generoso.

TIM. ¡Eso le honra á usted mucho!

RAFAEL. ¿Pues saben ustedes cuál fué su contestación? Que se las compusiera como pudiese.

TODOS. ¡Oh!

RAFAEL. Ahora, díganme ustedes si puede extrañarse nadie de

que tamaña monstruosidad, fuese pagada con este grito de desesperación: ¡Dios te perdone! Principiaste por hacerme infeliz y has concluido volviéndome indigna de poder dar un beso á la hija de mis entrañas.

TIM. Francamente, es atroz.

JUAN. Él es el primero en confesarlo.

RAFAEL. Al menos es justo.

JUAN. Sí; pero nosotros debemos serlo también con él.

RAFAEL. ¿Cómo?

JUAN. Usted nos lo ha pintado con los negros tonos de su juventud; en esa edad en que, inexperto el hombre, cuando carece de ejemplos á que ajustarlas, vacía sus pasiones tiernas todavía en los moldes defectuosos de una independencia prematura.

TIM. Es verdad.

JUAN. Pero yo que le he seguido en los campos de batalla y las batallas de la vida: yo, que le he visto reirse de los balazos, porque sólo dejan cicatrices, y temblar ante las lágrimas porque, como la pólvora sin ruido, matan á traición, puedo asegurarles á ustedes que la Divina Providencia le ha hecho purgar sus extravíos con usura.

RAFAEL. Él siquiera tiene á su hija.

JUAN. Sí. ¿Pero cómo la tiene? Sabiendo que por la mañana, para engañar á su padre, se pone como un borlazo de polvos, una capa de alegría que deja luego en la almohada por la noche cuando se restriega los ojos para enjugar el llanto.

TÓDOS. ¡Oh!

JUAN. Viéndola separada de su madre, á cuyos brazos no la puede restituir, reconociendo, no obstante que, manchada y todo, es la más digna de sus besos, porque ella se los ha dado puros muchas veces y él no la ha besado nunca más que para borrar. Y cuando depuestos sus errores ha reemplazado la indiferencia por el respeto y ha sustituido el cinismo con la vergüenza, se ve solo, con una conciencia que le acusa, con una

hija que sufre y con una mujer sin perdón posible; porque por encima de todo hay un obstáculo insuperable. ¡Otro hombre!

TIM. ¿Eh?

SALV. ¡General!

JUAN. Otro hombre, á quien no le es dado matar porque no le ha ofendido. Otro hombre que le escarnece y á quien no puede ahogar entre sus manos para imponerle silencio, ni siquiera cruzarle la cara para desahogarse porque, después de todo, él no ha hecho más que recoger lo que el otro ha despreciado y dignificar lo que él ha escarnecido. (Apercibiéndose de su exaltación.) Dispensen ustedes mi arrebató. Se trata de un ausente y encuentro justo, ya que no puede tomar venganza, que no se le niegue al menos la rehabilitación.

RAFAEL. (Aparte á Salvador comprendiéndolo todo.) ¿Es él?

SALV. Sí.

RAFAEL. (Pausa.) ¡General Torroja!

JUAN. (Aparte.) Me he vendido.

RAFAEL. Ha sido usted poco generoso conmigo callando.

JUAN. Al perder la felicidad, he conservado la vergüenza.

RAFAEL. ¿Y por evitarse el rubor, me pone usted á mí en ridículo?

JUAN. No lo veo; pero, en fin, si le alcanza á alguien, justo es que sea al que lo merece.

RAFAEL. ¿Cómo?

JUAN. ¿Quién está aquí en situación equívoca?

RAFAEL. ¿Y quién la ha provocado?

JUAN. Esa es una cuenta que sólo atañe á mi mujer y á mí.

RAFAEL. Y la otra á mi conciencia.

JUAN. Y á la sociedad á quien usted miente y yo no.

RAFAEL. ¿Si es una cuestión personal lo que viene usted provocando...?

JUAN. Por desgracia, no cabe entre nosotros.

RAFAEL. Se busca un pretexto.

JUAN. Sería desleal.

- RAFAEL. Pero se acaba de una vez.
- JUAN. Eso sí. Y si usted lo desea...
- RAFAEL. No lo deseo, pero no lo rehuyo.
- JUAN. Yo tampoco. (Agresivos ambos y avanzando uno hacia otro. Salvador se interpone.)
- SALV. Eso es. Como si mezclándola con sangre cegaran ustedes la charca de cieno que han abierto entre Henny y yo.
- TODOS. ¿Qué?
- SALV. ¿Por vengar sus odios van ustedes á dar una solución al conflicto?
- RAFAEL. ¿Te constituyes en nuestro juez?
- SALV. Cuando los padres no saben conservar el derecho de serlo de sus hijos, éstos no tienen otro recurso que enseñarles respetuosamente sus heridas, para pedirles que no las ahonden más.
- TODOS. ¿Cómo?
- TIM. Dice bien; donde no hay ofensa, el rencor se calla.
- SALV. Digan ustedes lo que nos toca hacer en este caso á Henny y á mí.
- RAFAEL. Consulta tu propio pudor.
- SALV. Es al de ustedes al que yo apelo.
- RAFAEL. Hay cosas que no se preguntan. La cruz que adorna tu pecho y el honroso uniforme que vistes, arguyen valor y delicadeza, y ni debe faltarte corazón para arrostrar con ánimo sereno la prueba á que te somete el infortunio, ni puedes prescindir de ese otro generoso sentimiento que impulsa al hombre bien nacido á devorar sus lágrimas, sin sacar los colores de la vergüenza al rostro de su padre.
- SALV. Pero es inicuo también que esas cualidades, que usted me reconoce y con las que yo pensaba honrar mi apellido, sólo las haya cultivado el militar y el caballero para sacrificarlas ante la conveniencia de un padre que, no habiendo tenido el valor de ahogar sus pasiones, no tiene ahora abnegación bastante para asumir la responsabilidad de las lágrimas que, injustamente, le hace derramar á su hijo.